

DISCURSO DE BORDIGA EN EL VI EJECUTIVO AMPLIADO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA.

FEBRERO, 1926

Fuente: *Cahiers du bolchevisme* n°47, 15 de abril de 1926.

Primer discurso, 23/2/1926

Camaradas, tenemos ante nosotros un proyecto de tesis y un informe, pero creo que es absolutamente imposible limitar nuestros debates a este proyecto de tesis y a este informe.

En años precedentes, en diversos congresos de la Internacional, he tenido ocasión de dar mi apoyo a tesis y declaraciones que a veces parecían muy buenas y satisfactorias, pero, en desarrollo de la Internacional, los hechos no siempre estaban a la altura de las esperanzas que esas declaraciones producían en nosotros. Por ello hay que discutir y criticar el desarrollo de la Internacional a la vista de los acontecimientos que se han producido después del último congreso, así como de las perspectivas de la Internacional y de las tareas que ésta debe imponerse.

Debo afirmar que la situación en la que sabemos que se halla la Internacional no puede ser considerada como satisfactoria. En cierto sentido, tenemos que enfrentarnos a una crisis. Crisis que no ha nacido hoy, sino que existe desde hace mucho tiempo. Esto no sólo lo decimos algunos grupos de camaradas de ultraizquierda. Los hechos demuestran que todos reconocemos la existencia de esta crisis. A menudo se han lanzado consignas que, en el fondo, encerraban la confesión de que era indispensable cambiar radicalmente nuestros métodos de trabajo. Muchas veces se han lanzado aquí, ante los giros de nuestra actividad, nuevas consignas con las que se reconocía que en el fondo estábamos trabajando en el mal camino. Es cierto que se declara, incluso en esos momentos, que no es cuestión de revisar, que no se impone ningún cambio. Esto es una contradicción flagrante. Para demostrar que todos admitimos la existencia de desviaciones y de una crisis en la Internacional, y no sólo los descontentos ultraizquierdistas, proponemos repasar rápidamente la historia de nuestra Internacional y de sus diferentes etapas.

La fundación de la Internacional Comunista tras el hundimiento de la II Internacional se hizo bajo la consigna de que el proletariado debía trabajar en la formación de partidos comunistas. Todos pensaban que las condiciones objetivas eran favorables para el combate final revolucionario, pero que nos faltaba el órgano de ese combate. Decíamos entonces: existen las condiciones objetivas previas para la revolución, y si dispusiéramos de partidos comunistas verdaderamente capaces de llevar adelante una actividad revolucionaria, se darían todas las condiciones necesarias para una completa victoria.

En el III Congreso, la Internacional –aprendiendo la lección a través de numerosos acontecimientos pero sobre todo de la acción de marzo de 1921 en Alemania- se vio obligada a constatar que no bastaba con la formación de partidos comunistas. En todos los países importantes habían aparecido secciones bastante fuertes de la Internacional Comunista, y sin embargo el problema de la acción revolucionaria no se había resuelto. El partido alemán creyó que era posible marchar al combate y lanzar una ofensiva contra el adversario, pero fue derrotado. El III Congreso tuvo que debatir este problema y se vio en la obligación de constatar que la existencia de partidos comunistas no es suficiente cuando faltan las condiciones objetivas para la lucha. No se había tenido en cuenta el hecho de que para pasar a una ofensiva de este tipo hay que haberse asegurado previamente el apoyo de amplias masas. El partido comunista más poderoso, en una

situación general revolucionaria, no es capaz de crear por un acto de pura voluntad las condiciones previas y los factores indispensables para una insurrección si no ha conseguido reunir a su alrededor a importantes masas.

Esta etapa, pues, sirvió para que la que la Internacional reconociera de nuevo que había que cambiar muchas cosas. Siempre se ha afirmado que la idea de la táctica del frente único está presente en los discursos del III Congreso y que, más tarde, se formuló en las sesiones del Ejecutivo Ampliado tras el III Congreso, a la luz del análisis de la situación política hecho por Lenin en el III Congreso. Esto no es del todo exacto, pues la situación había evolucionado. En el curso del periodo en la que la situación objetiva era favorable, no supimos utilizar correctamente el buen método de ofensiva contra el capitalismo. Tras el III Congreso, ya se trataba simplemente de lanzar una segunda ofensiva tras haber conquistado previamente a las masas. La burguesía nos había ganado la iniciativa, y era ella la que lanzaba la ofensiva contra las organizaciones obreras y los partidos comunistas en los países más importantes. Y aquella táctica de conquista de las masas con miras a la ofensiva que se abordó en el III Congreso se transformó en una táctica defensiva contra la acción emprendida por la burguesía capitalista. Esta táctica se elaboró al mismo tiempo que el programa que pretendía ponerla en marcha, estudiando el carácter de la ofensiva del adversario y guiando la concentración del proletariado que debe permitir la conquista de las masas por nuestros partidos y el paso a la contraofensiva en un futuro próximo. La táctica del Frente Único fue concebida en este sentido.

Huelga decir que no tengo nada que objetar a las concepciones del II Congreso relativas a la necesaria solidaridad de las masas; traigo esto a colación para demostrar que la Internacional se vio obligada a reconocer una vez más que aún no estaba lo bastante madura para dirigir la lucha del proletariado mundial.

El empleo de la táctica del Frente Único llevó a errores derechistas, y estos errores eran cada vez más claros tras el III Congreso, y aún más tras el IV; esta táctica nuestra, que no puede usarse más que en un periodo defensivo, es decir, en un periodo en el que la crisis de descomposición del capitalismo ya no es tan aguda, ha degenerado poderosamente. A nuestro parecer se aceptó esta táctica sin haber delimitado antes su sentido preciso. No se supo salvaguardar el carácter específico del partido comunista. No tengo intención de repetir aquí nuestra crítica sobre la forma en que la mayor parte de la Internacional Comunista ha aplicado la táctica del Frente Único. No teníamos nada que objetar cuando se trataba de las reivindicaciones materiales inmediatas del proletariado, incluso de las reivindicaciones más elementales que origina la ofensiva del enemigo, que son la base de nuestra acción. Pero cuando, bajo el pretexto de que únicamente se estaban tendiendo puentes que permitieran proseguir nuestro camino hacia la dictadura del proletariado, se quiso dar nuevos principios al Frente Único, en lo que atañe al poder central del Estado y al gobierno obrero, protestamos y dijimos: aquí se están rebasando los límites de la buena táctica revolucionaria.

Los comunistas sabemos muy bien que el desarrollo histórico de la clase obrera debe conducir a la dictadura del proletariado, pero este es un acto que debe implicar a amplias masas, y estas masas no se conquistan con nuestra mera propaganda ideológica. Se contribuye a la formación de la conciencia revolucionaria de las masas, en la medida en que se puede, con la fortaleza de nuestras posiciones y nuestra actitud ante cada fase del desarrollo de los acontecimientos. Esta actitud no puede ni debe contradecir nunca nuestro enfoque de la lucha final, es decir, el objetivo por el cual ha sido formado especialmente nuestro partido. Basar la agitación en una consigna como puede ser, por ejemplo, la del gobierno obrero, no puede más que sembrar el desconcierto en la conciencia de las masas, e incluso en la del Partido y su estado-mayor.

Nosotros hemos criticado todo esto desde el principio, y me limito aquí a recordar a grandes rasgos el juicio que hicimos en su momento. Cuando nos enfrentamos entonces a los errores provocados por esta táctica, y sobre todo tras la derrota del octubre de 1923 en Alemania, la Internacional reconoció que se había equivocado. Y esto no era un accidente sin importancia, era un error que debíamos pagar con la esperanza de conquistar otro gran país que se uniera al que la revolución proletaria conquistó primero, lo que hubiera sido de enorme importancia para la revolución mundial.

Desgraciadamente, todo se limitó a decir: no hay que revisar de forma radical las decisiones del IV Congreso mundial, lo que hay que hacer es apartar a ciertos camaradas que se han equivocado al aplicar la táctica del Frente Único; hay que encontrar a los responsables. Se les descubrió en el ala derecha del partido alemán, y no se quiso reconocer que la responsabilidad era de la Internacional en su conjunto. Sin embargo, se sometieron las tesis a revisión y se dio una formulación muy distinta al gobierno obrero.

¿Por qué no estuvimos de acuerdo con las tesis del V Congreso? Desde nuestro punto de vista tal revisión no era suficiente; debería haberse hecho más hincapié en las diferencias entre una formulación y otra, pero sobre todo nos opusimos a las medidas del V Congreso porque no extirpaban esos graves errores y porque pensábamos que no era bueno que la cuestión se limitara a procesar a ciertos individuos, que se imponía un cambio en la propia Internacional. No se quiso seguir este sano y valiente camino. Hemos criticado muchas veces el hecho de que entre nosotros, en el ambiente en el que trabajamos, se desarrolle un espíritu parlamentario y diplomático. Las tesis son muy de izquierda, los discursos son muy de izquierda, y aquellos contra los que van dirigidos las aprueban, porque piensan que así se inmunizan. Pero nosotros, que no nos fijamos sólo en los discursos, habíamos previsto lo que ocurriría tras el V Congreso, y por eso no podíamos declararnos satisfechos.

Quisiera dejar por sentado aquí esto: se ha reconocido más de una vez que había que cambiar radicalmente de línea. La primera vez no se había comprendido la cuestión de la conquista de las masas, la segunda se trataba de la táctica del Frente Único, el III Congreso emprendió una revisión completa de la línea seguida hasta entonces. Pero eso no es todo: el V Congreso y el Ejecutivo Ampliado de marzo de 1925 constataron una vez más que todo iba mal. Se declaró: han pasado seis años desde que se fundó la Internacional, pero ninguno de sus partidos ha logrado hacer la revolución. Desde luego, la situación había empeorado; debíamos enfrentarnos ahora a una cierta estabilización del capitalismo, pero no obstante se declaraba que había que cambiar muchas cosas en la actividad de la Internacional. Aún no se ha comprendido lo que hay que hacer, cuando se lanza la consigna de la bolchevización. Es incomprensible; han pasado ocho años desde la victoria de los bolcheviques rusos, ¿y nos damos cuenta ahora de que el resto de partidos no son bolcheviques, de que necesitan una profunda transformación para ponerlos a la altura de los partidos bolcheviques? ¿Es que nadie se había dado cuenta antes?

¿Por qué no hemos elevado nuestras protestas contra la consigna de la bolchevización desde el V Congreso? Porque nadie puede oponerse a la afirmación de que el resto de partidos deben alcanzar la capacidad revolucionaria que ha hecho posible la victoria del partido bolchevique.

Pero ahora no se trata de una simple consigna, de un sencillo eslogan. Tenemos que enfrentarnos a hechos y experiencias. Ahora se hace necesario hacer el balance de la bolchevización y ver en qué ha consistido.

Creo que, desde varios puntos de vista, este balance es desfavorable. No se ha resuelto el problema pendiente; el método de la bolchevización, aplicado a los otros partidos, no les ha hecho progresar. Debo abordar el problema desde distintas perspectivas. Primero desde la histórica.

Sólo uno de nuestros partidos ha logrado la victoria, el partido bolchevique ruso. Lo esencial para nosotros es seguir la misma vía que adoptó el partido ruso para alcanzarla; eso es muy cierto, pero no es suficiente. Es innegable que el curso histórico seguido por el partido ruso no presenta todas las características del desarrollo histórico que aguardan al resto de partidos. El partido ruso luchó en un país en el que no se había realizado aún la revolución liberal burguesa; el partido ruso —esto es un hecho— combatió en condiciones particulares, en decir, en un país en el que la autocracia feudal aún no había sido abatida por la burguesía capitalista. Entre la caída de la autocracia feudal y la conquista del poder por el proletariado pasó demasiado poco tiempo como para que se pueda comparar este desarrollo con el que la revolución proletaria deberá seguir en otros países. No hubo tiempo para que se pudiera fundar un aparato estatal burgués sobre las ruinas del aparato del Estado zarista y feudal. El desarrollo de los acontecimientos en Rusia no nos suministra las experiencias fundamentales que necesitamos para saber cómo el proletariado deberá abatir el Estado capitalista moderno, liberal, parlamentario, que existe desde hace muchos años y que posee gran capacidad defensiva. Hechas estas distinciones, el hecho de que la revolución rusa haya confirmado nuestra doctrina, nuestro programa, nuestra concepción del papel de la clase obrera en el proceso histórico, es de una importancia teórica tanto más grande en cuanto que la revolución rusa, incluso en estas condiciones particulares, ha implicado la conquista del poder y la dictadura del proletariado dirigido por el partido comunista. La teoría del marxismo revolucionario encuentra aquí su confirmación histórica más grandiosa. Desde el punto de vista ideológico es de una importancia histórica decisiva, pero por lo que respecta a la táctica, no es suficiente. Es indispensable saber cómo se ataca al Estado burgués moderno, que en la lucha armada se defiende de forma aún más eficaz que la autocracia zarista, pero que, además, cuenta con la ayuda de la movilización ideológica y de la educación derrotista de la clase obrera por parte de la burguesía. Este problema no estaba presente en la historia del partido comunista ruso, y si se entiende la bolchevización en el sentido de que la revolución hecha por el partido ruso contiene la solución de todos los problemas estratégicos de la lucha revolucionaria, entonces esta concepción de la bolchevización es insuficiente. La Internacional debe formarse una concepción más amplia, y debe dar a los problemas estratégicos soluciones que van más allá de la experiencia rusa. Ésta hay que estudiarla a fondo, sin excluir ninguna de sus características, hay que tenerla siempre presente, pero también necesitamos elementos complementarios provenientes de la experiencia de la clase obrera occidental. He aquí lo que hay que tener en cuenta desde el punto de vista histórico y táctico sobre la bolchevización. La experiencia de la táctica rusa no nos enseña cómo conducir la lucha contra la democracia burguesa; no nos da una idea de las dificultades y de las tareas que nos reserva el desarrollo de la lucha proletaria.

Otro aspecto del problema de la bolchevización es la cuestión de la reorganización del partido. En 1925 se dice de pronto que toda la organización de las secciones de la Internacional es incorrecta. Aún no se ha aplicado el ABC de la organización. Ya se habían planteado un conjunto de problemas, pero aún no se había hecho lo esencial. Es decir, aún no habíamos resuelto el problema de nuestra organización interna. Se reconocía así que marchábamos en una dirección totalmente falsa. Sé muy bien que la consigna de la bolchevización no pretende limitarse a un problema de organización. Pero este problema tiene un aspecto organizativo, y se ha insistido en el hecho de que es el más importante. Los partidos no están organizados como lo estaba y lo está el partido bolchevique ruso, porque su organización no reposa sobre el principio del lugar de trabajo, porque tienen aún una forma de organización territorial, absolutamente incompatible con las tareas revolucionarias y que se revelaría como una forma característica de la social-democracia

parlamentaria. Si se juzga necesario modificar la organización de nuestros partidos en este sentido, y si se presenta esta modificación no como una medida práctica apropiada para ciertos países, con condiciones particulares, sino más bien como una medida fundamental válida para toda la Internacional encaminada a remediar un error esencial, a crear las condiciones previas indispensables para la transformación de nuestros partidos en verdaderos partidos comunistas, entonces no podemos estar de acuerdo. Es verdaderamente sorprendente que no nos hallamos dado cuenta de esto antes. Se dice que la transformación en células de empresa estaba contenida ya en las tesis del III Congreso. Es realmente sorprendente entonces que se esperara desde 1921 a 1924 para llevarla a cabo. La tesis según la cual un partido comunista debe estar formado únicamente sobre la base de los lugares de trabajo es teóricamente falsa. Según Marx y Lenin, y siguiendo una conocida tesis de principios, formulada con precisión, la revolución no es una cuestión de formas de organización. Para resolver el problema de la revolución, no es suficiente con encontrar una fórmula organizativa. Los problemas que se presentan ante nosotros son de poder y no de forma. Los marxistas siempre han combatido las escuelas sindicalistas y semi-utópicas que dicen: juntad a las masas en tal o cual organización, sindicato, asociación, etc., y se hará la revolución. Ahora se dice o, al menos, se hace campaña en tal sentido: hay que reconstruir la organización sobre la base de las células de empresa, y entonces se resolverán todos los problemas de la revolución. Y se añade: el partido ruso logró hacer la revolución porque estaba construido sobre esa base.

Seguramente dirán que exagero, pero varios camaradas podrán confirmar que la campaña ha derivado hacia tesis de este género. Lo importante es la impresión que las consignas producen en la clase obrera y en los miembros de nuestro partido. Por lo que atañe al trabajo de las células, ha dado la impresión de que esta era la receta infalible para el verdadero comunismo y la revolución. Por mi parte contesto que en absoluto debe formarse el partido comunista sobre la base de células de empresa. En las tesis organizativas que Lenin presentó al III Congreso, se insistía precisamente varias veces en el hecho de que en materia de organización, no existe una solución de principios válida para todos los países y todos los periodos. No decimos que las células de empresa, como base para la organización del partido, no fueran una forma que funcionase en Rusia, dadas sus condiciones. No quiero entretenerme mucho en esta cuestión; en la prolija discusión del congreso del partido italiano hemos expuesto que en Rusia había diversas razones que favorecían esta organización.

¿Por qué pensamos nosotros que en otros países las células de empresa implican ciertos inconvenientes, comparando su situación con la de Rusia? Ante todo porque los obreros organizados en la célula nunca están en condiciones de discutir todas las cuestiones políticas. Precisamente, en el informe del Comité ejecutivo de la Internacional a este pleno se hace constar que las células de empresa no han llegado a ocuparse de problemas políticos casi en ningún país. Exageraciones, se ha dicho, los partidos se han reorganizado muy rápidamente, pero no se trata más que de errores prácticos secundarios. Entretanto, se declara que el hecho de que se prive a los partidos de la organización fundamental que permite debatir cuestiones políticas y de que la nueva organización no se consolide, después de un año de existencia de esta función vital, son simples detalles; si se ha obtenido tal resultado, es desde luego porque no se trata de errores aislados, sino porque el planteamiento del problema es completamente erróneo. No es algo que se pueda tomar a la ligera. La cuestión es muy grave. Nosotros pensamos que no es casualidad que la célula de empresa no permita la discusión de problemas políticos; pues los obreros de los países capitalistas, que se reúnen en el pequeño círculo angosto de su empresa, no tienen posibilidad de plantearse los problemas generales y de enlazar sus reivindicaciones inmediatas con la meta final del comunismo. En una asamblea de obreros que se interesan por los mismos pequeños problemas inmediatos y no pertenecen a categorías profesionales diferentes, las cuestiones de las reivindicaciones inmediatas bien pueden ser debatidas, pero

no hay ninguna base en esta asamblea para una discusión de los problemas generales, de los problemas que conciernen al conjunto de la clase obrera, es decir, que no es posible desarrollar ahí un trabajo político en sentido clasista, como debe hacer el partido comunista.

Nos dirán: lo que pedís es lo mismo que piden todos los elementos derechistas; queréis organizaciones territoriales, en las cuales los intelectuales, con sus largos discursos, dominan toda la discusión. Pero siempre existirá el peligro de demagogia y de engaño por parte de los dirigentes, existe desde que vive el partido proletario, pero ni Marx ni Lenin, que trataron el problema con todo detalle, pensaron por un solo instante en resolverlo boicoteando a los intelectuales o a los no-proletarios. Por el contrario, más de una vez subrayaron el papel históricamente indispensable que tienen los desertores de la clase dominante para la revolución. Es notorio que, en general, el oportunismo y la traición se infiltran en el partido y en las masas a través de ciertos dirigentes, pero la lucha contra este peligro hay que conducirla de otra manera. Incluso en el caso de que la clase obrera pudiera salir adelante sin los intelectuales de origen burgués, no puede prescindir de dirigentes, agitadores, periodistas, etc., y no le quedaría otra elección que buscarlos en las filas de los obreros. Pero el riesgo de la corrupción y la demagogia de estos obreros convertidos en dirigentes no sería menor que el de los intelectuales. En algunos casos son los viejos obreros quienes juegan el papel más sórdido en el movimiento obrero, lo sabemos todos. Y, en definitiva, ¿acaso los intelectuales no juegan ya ningún papel en la organización de células de fábrica tal y como ésta se lleva a cabo actualmente? Ocurre justo lo contrario. Son los intelectuales quienes, junto a los viejos obreros, forman el aparato del partido. El papel de estos elementos no se modifica, ahora es incluso más peligroso. Si admitimos que estos elementos, al ser inamovibles, pueden corromperse, este riesgo no desaparece, pues ahora les hemos dado responsabilidades aún mayores. Dado que los obreros no tienen prácticamente libertad de movimiento en las pequeñas asambleas de las células de empresa, no existe una base suficiente que pueda influenciar al partido con su instinto de clase. El peligro sobre el que llamamos la atención no consiste en el retroceso de la influencia de los intelectuales, sino por el contrario, en el hecho de que los obreros no se preocupen más que de las reivindicaciones inmediatas de su empresa y que no perciban los grandes problemas del desarrollo revolucionario general de la clase obrera. La nueva forma de organización se adapta peor a la lucha de clase proletaria en el sentido más serio y más amplio del término.

En Rusia, los grandes problemas generales del desarrollo de la revolución, el problema del Estado, el de la conquista del poder, estaban insertos a cada instante en el orden del día, porque el aparato del Estado feudal zarista estaba irremediablemente socavado y cada grupo de obreros se veía empujado cada instante a posicionarse ante el problema de la vida social y la presión administrativa. Las desviaciones oportunistas no representaban en Rusia un peligro particular, pues le faltaba una base en la corrupción del movimiento obrero por el Estado capitalista, que maneja perfectamente el arma de las concesiones democráticas y las ilusiones del interés común.

Existe también una diferencia de orden práctico. Naturalmente, debemos dar a la organización de nuestro partido la forma más apta para resistir la represión. Debemos protegernos contra los intentos de la policía de disolver nuestro partido. En Rusia, organizarse en células de empresa era con justicia la mejor forma, pues el movimiento obrero se había vuelto imposible en las calles, en las ciudades, en la vía pública, debido a las medidas extremadamente severas de la policía. Y así, era materialmente imposible organizarse fuera de la empresa. Sólo en la empresa los obreros podían reunirse para discutir de sus problemas sin ser vistos. Además, no hay lugar mejor que la empresa para plantear los problemas de clase sobre la base del antagonismo entre capital y trabajo.

Las pequeñas cuestiones económicas concernientes a la empresa, como la cuestión de las multas promovida por Lenin, eran progresistas desde el punto de vista histórico comparadas con las reivindicaciones liberales que los obreros y la burguesía juntos dirigían a la autocracia; pero comparadas con la cuestión de la toma del poder en la lucha contra la democracia burguesa como nueva forma de estado, las reivindicaciones proletarias inmediatas son problemas de importancia secundaria. Pero como esta cuestión de la conquista del poder no podía plantearse más que después de la caída de la autocracia zarista, era necesario desplazar el corazón de la lucha a la empresa, porque la empresa era la única base sobre la que el partido autónomo proletario podía desarrollar plenamente su acción.

Si la burguesía y los capitalistas rusos eran aliados de zar, no por ello dejaban de ser al mismo tiempo quienes debían derribarlo, quienes potencialmente representaban el hundimiento del poder autocrático. Y ello se debe a que en Rusia no había una solidaridad tan completa entre los industriales y el Estado como la que existe en los países modernos. En éstos reina una solidaridad absoluta entre el aparato estatal y los patronos, es su Estado, su policía. Es el aparato del Estado el que aparece históricamente como instrumento del capitalismo, el que ha creado los órganos adaptados a tal fin y los pone a disposición de los patronos. Si un obrero intenta organizar a otros obreros en la empresa, el patrón llama a la policía, recurre al espionaje, etc. Es por eso que el trabajo del partido en la empresa es mucho más peligroso en los países capitalistas modernos. No es difícil para la burguesía ponerse al tanto del trabajo del partido en la empresa. Por eso proponemos no formar las organizaciones fundamentales del partido en el interior de la empresa, sino desplazarlas al exterior.

Solo quiero comentar una cosa. En Italia, la policía recluta ahora un nuevo tipo de agentes. Las condiciones para el reclutamiento son muy duras. Pero se facilita la entrada a quienes ejercen un oficio y pueden trabajar en una empresa. Esto demuestra que la policía busca gente capaz de trabajar en las diferentes industrias, para utilizarla en la detección del trabajo revolucionario en la empresa.

Por otro lado hemos tenido noticia de una asociación antibolchevique internacional que ha decidido organizarse en células para hacer de contrapeso al movimiento obrero.

Otro argumento. Se ha dicho aquí que nos amenaza un nuevo peligro, el de la aristocracia-obrera. Está claro que este peligro caracteriza los periodos en los que nos vemos amenazados por el oportunismo, que tiende a jugar un cierto papel en la corrupción del movimiento obrero.

Pero el mejor canal para que penetre la influencia de la aristocracia obrera en nuestras filas es sin duda la organización fundada en el principio de la célula de empresa, pues en la empresa triunfa inevitablemente la influencia del obrero que ocupa un cargo más alto en la jerarquía técnica del trabajo.

Por todas estas razones, y sin hacer de ello una cuestión de principios, proponemos que la base organizativa del partido –por razones políticas y técnicas- siga siendo la organización territorial.

¿Quiere esto decir que pretendemos abandonar el trabajo del partido en la empresa? ¿Negamos que el trabajo comunista en la empresa sea una base importante para establecer contacto con las masas? En absoluto. El partido debe tener una organización en las empresas, pero esta no debe ser la base del partido. Debe haber organizaciones del partido en las empresas bajo la dirección política del partido. Es imposible establecer relación con la clase obrera sin organizarse en las empresas, pero esta organización debe ser una fracción comunista.

Somos, pues, partidarios de una red de organizaciones comunistas en las empresas, pero en nuestra opinión el trabajo político debe realizarse en las organizaciones territoriales.

No puedo entrar en detalle aquí sobre las conclusiones que se han sacado de nuestra actitud en el trascurso de la discusión sobre esta cuestión en Italia. En el Congreso y en nuestras tesis explicamos con detalle la cuestión teórica de la naturaleza del partido. Se afirmó que nuestro punto de vista no era un punto de vista de clase, que estábamos reclamando que el partido favoreciera el desarrollo de la actividad de elementos heterogéneos, como por ejemplo los intelectuales. Esto no es verdad. Nosotros no nos oponemos a que se construya la organización exclusivamente sobre células de empresa por el hecho de que así el partido se forme únicamente obreros. Lo que tememos es el peligro laborista y obrerista, el peor peligro antimarxista. El partido es proletario porque se coloca en el camino histórico de la revolución, del combate por los fines últimos a los que tiende únicamente una clase, la clase obrera. Es esto lo que convierte en proletario al partido, no el criterio automático de su composición social. El carácter del partido no se ve comprometido por la participación activa en su trabajo de todos aquellos que aceptan su doctrina y quieren luchar por sus objetivos de clase.

Todo lo que se pueda decir en este terreno a favor de las células de empresa es vulgar demagogia, que se apoya en la consigna de la bolchevización, pero que conduce directamente a condenar la lucha del marxismo y del leninismo contra las concepciones banalmente mecanicistas y derrotistas del oportunismo y del menchevismo.

Paso a tratar ahora otro aspecto de la bolchevización, el del régimen interno de la Internacional Comunista.

Se ha hecho un nuevo descubrimiento: lo que falta en todas las secciones es la disciplina de hierro de los bolcheviques, de la que da ejemplo el partido ruso.

Se decreta la prohibición absoluta contra las fracciones y se obliga a todos los miembros del partido a participar en el trabajo común, cualquiera que sea su opinión. Creo que en este terreno también la cuestión de la bolchevización se ha planteado de manera muy demagógica.

Si planteamos la cuestión así: ¿está autorizado a formar una fracción cualquier recién llegado? Todo comunista responderá que no; pero no es correcto plantear así las cosas. Ya tenemos alguno de los resultados que demuestran que los métodos empleados no son útiles ni al partido ni a la Internacional. La cuestión de la disciplina interna y de las fracciones hay que plantearla desde un punto de vista marxista, de forma sensiblemente diferente y más compleja. Nos dicen: ¿Qué proponéis?, ¿qué el partido parezca un parlamento, en el que todos tengan el derecho democrático de luchar por el poder y asegurarse una mayoría?

Pero así la cuestión está mal planteada: si la encaramos así, sólo hay una respuesta posible: estamos en contra, por supuesto, de un régimen tan ridículo.

Es evidente que debemos tener un partido comunista absolutamente unido, que excluya en su seno divergencias de opinión y reagrupamientos diversos. Pero esta afirmación no es un dogma, un principio a priori. Se trata de un objetivo al que hay que tender, hacia el que se puede tender en el curso del desarrollo de un verdadero partido comunista: ahora bien, esto sólo es posible cuando todas las cuestiones ideológicas,

tácticas y organizativas están correctamente planteadas y resueltas. En la clase obrera, son las relaciones económicas en las que viven los diversos grupos las que determinan las acciones y las iniciativas de la lucha de clases. Al partido político le corresponde el papel de reunir y unificar todo lo que estas acciones tienen en común desde el punto de vista de los objetivos revolucionarios de la clase obrera del mundo entero. La unidad en el interior del partido, la supresión de las divergencias de opinión internas, la desaparición de la lucha fraccional, serán la prueba de que el partido se encuentra en la mejor vía para cumplir correctamente sus tareas. Pero si existen divergencias de opinión en su seno, son la muestra de que la política del partido está impregnada de errores, que no tiene la capacidad de combatir radicalmente las tendencias de degeneración del movimiento obrero que se manifiestan ordinariamente en ciertos momentos cruciales de la situación general. Si se encuentra ante casos de indisciplina, es síntoma de que hay fallos en el partido. En efecto, la disciplina es un resultado, no un punto de partida, no es una especie de plataforma inquebrantable. Esto se corresponde además con el carácter voluntario de la adhesión a nuestra organización. Por eso, una especie de código penal del partido no es solución ante frecuentes casos de falta de disciplina. Últimamente se ha establecido un régimen de terror en nuestros partidos, una especie de deporte que consiste en intervenir, castigar y aniquilar, con un placer muy particular, como si esa fuese justamente la vida ideal del partido. Los campeones de esta brillante operación parecen incluso persuadidos de que constituye una prueba de capacidad y energía revolucionaria. Yo creo, por el contrario, que los verdaderos y buenos revolucionarios son en general los camaradas que sufren estas medidas de excepción y que las soportan pacientemente para no destruir el partido. Pienso que este derroche de energía, este deporte, esta lucha en el interior del partido no tiene nada que ver con el trabajo revolucionario que debemos sacar adelante. Llegará el día en el que haya que golpear y destruir el capitalismo, y en este terreno el partido deberá demostrar su energía revolucionaria. No queremos anarquismo en el partido, pero tampoco queremos un régimen de represalias continuas, que no es sino la negación de la unidad y solidez del partido.

Por el momento las cosas se presentan así: el centro actual siempre existirá; puede hacer lo que quiera, pues siempre tiene razón cuando toma medidas contra quienes le contradicen, cuando liquida intrigas y oposiciones.

El mérito no consiste en reprimir las rebeliones: lo importante es que no las haya. Se reconocerá la unidad del partido por los resultados obtenidos, no a través de un régimen de amenazas y de terror. Necesitamos sanciones en nuestros estatutos, eso está claro. Pero deben ser excepcionales, y no deben convertirse en un procedimiento normal y general dentro de un partido. Si hay elementos que abandonan manifiestamente el camino común, hay que tomar medidas contra ellos. Pero si el recurso al código sancionador se convierte en la regla en una sociedad, es que esta sociedad no es precisamente la más perfecta. No se debe recurrir más que excepcionalmente a las sanciones, y no deben convertirse en una regla, en un deporte, en el ideal de los dirigentes. Esto debe cambiar, si queremos formar un bloque sólido en el verdadero sentido de la palabra.

Las tesis propuestas aquí contienen a este respecto algunas buenas frases. Tienen la intención de dar un poco más de libertad. Quizá ya es un poco tarde. Quizá se piense que es posible dar un poco más de libertad a quienes han sido atropellados y ya no pueden moverse. Pero dejemos las tesis y consideremos los hechos. Siempre se ha dicho que nuestros partidos debían levantarse sobre el principio del centralismo democrático. Quizá sería bueno cambiar democracia por otra expresión. Pero la fórmula fue establecida por Lenin. ¿Cómo realizar el centralismo democrático? Mediante la elección de los camaradas, la consulta a la masa del partido para la resolución de ciertas cuestiones. Por supuesto, puede haber excepciones a esta

regla en un partido revolucionario. Es admisible que el centro diga a veces: camaradas, el partido debería consultaros, pero como la lucha contra el enemigo entra en un periodo peligroso, como no hay un minuto que perder, actuamos sin consultaros.

Pero el peligro consiste en dar la impresión de que se consulta cuando se trata de una iniciativa tomada desde lo alto, en abusar del dominio que tiene el centro sobre todo el aparato del partido y de la prensa. En Italia nosotros hemos dicho que aceptábamos la dictadura, pero que detestamos estos métodos "a la Giolitti". ¿Acaso la democracia burguesa es algo más que un engaño? ¿Es quizá esta democracia la que nos concedéis en el partido y la que queréis conseguir? Entonces más valdría una dictadura que tenga la valentía de no disfrazarse hipócritamente. Habría que introducir una forma verdaderamente democrática, es decir, una democracia que permitiera al centro sacar todo el provecho del aparato del partido, en el buen sentido de la palabra. Si no, sólo se consigue malestar e insatisfacción, sobre todo en los medios obreros. Necesitamos un régimen sano en el partido. Es absolutamente indispensable que el partido tenga la posibilidad de hacerse una opinión y de expresarla abiertamente. He dicho en el congreso italiano que el partido ha cometido el error de no establecer netamente las diferencias entre agitación y propaganda. La agitación se dirige a una gran masa de individuos, a quienes se pretende aclarar algunas ideas simples, mientras que la propaganda concierne a un número relativamente restringido de camaradas a quienes se les explican ideas más complicadas. El error cometido consiste en limitarse a la agitación dentro del partido; se ha infravalorado a la masa de miembros del partido, se les ha tratado como elementos a los que se puede movilizar, pero no como factor de un trabajo común. Se puede entender hasta cierto punto la agitación basada en fórmulas para aprenderse de memoria cuando se busca un gran efecto con un pequeño gasto de energía, cuando hay que poner en movimiento grandes masas, allí donde el factor de la voluntad consciente no juega más que un papel limitado. Pero no sucede lo mismo con el partido. Exigimos que se acabe con este método de agitación dentro del partido. El partido debe reunir a su alrededor aquella parte de la clase obrera con conciencia de clase y en la cual reina esa conciencia de clase; a no ser que aceptemos la teoría de los elegidos, una de las muchas acusaciones infundadas que nos han lanzado. Es necesario que la gran masa de los miembros del partido se forje una conciencia política común y que estudie los problemas que se plantean al partido comunista. En este sentido, es extremadamente urgente cambiar el régimen interno del partido.

Vayamos con las fracciones. A mi juicio, se puede plantear la cuestión de las fracciones desde el punto de vista moral o del código penal. ¿Ha dado la historia un sólo ejemplo de algún camarada que creara una fracción para entretenerse? Jamás ha ocurrido. ¿Existe algún ejemplo que demuestre que el oportunismo penetra en el partido a través de las fracciones, que la organización de las fracciones sirve como base para una movilización de la clase obrera por parte del oportunismo o de que el partido revolucionario se haya salvado gracias a los cazadores de fracciones? No, la experiencia demuestra que el oportunismo entra siempre en nuestras filas bajo la máscara de la unidad. Está interesado en influir en la mayor masa posible, por ello siempre hace peligrosas proposiciones bajo la máscara de la unidad. La historia de las fracciones demuestra en general que las fracciones no honran a los partidos en cuyo interior se forman, sino a los camaradas que las forman. La historia de las fracciones es la historia de Lenin, no es la historia de los golpes sufridos por los partidos comunistas, sino por el contrario la historia de su cristalización y de su defensa contra la influencia oportunista.

Cuando una fracción intenta formarse, se necesitan pruebas para decir que es, directa o indirectamente, una maniobra de la burguesía para penetrar en el partido. No creo que esta maniobra adopte en general esta forma. En el congreso italiano hemos planteado la cuestión en relación a la izquierda

de nuestro partido. Conocemos la historia del oportunismo. ¿Cuándo se convierte un grupo en representante de la influencia burguesa en un partido proletario? Estas agrupaciones han hallado un terreno abonado entre los funcionarios sindicales y los representantes del partido en el parlamento.

También puede tratarse de un grupo que preconiza en cuestiones de estrategia y de táctica del partido la colaboración de clases y la alianza con otros grupos sociales y políticos. Si se habla de destruir las fracciones, habría que demostrar al menos que están asociadas con la burguesía o con los medios burgueses, o que existen quizá relaciones personales. Si tal análisis no es posible, es indispensable buscar las causas históricas del nacimiento de la fracción y no lanzarle el anatema a priori. El nacimiento de una fracción demuestra que hay algo que no funciona. Para remediar el mal hay que buscar las causas históricas que han suscitado la anomalía y que han determinado la formación o la tendencia a formar esa fracción. Las causas residen en los errores ideológicos y políticos del partido. Las fracciones no son la enfermedad, sino solamente el síntoma, y si se quiere curar el organismo enfermo no se deben combatir los síntomas, sino tratar de sondear las causas de la enfermedad. Por otra parte, la mayor parte de las veces se trata de grupos de camaradas que no intentan crear una organización o nada semejante. Se trata de puntos de vista, de tendencias que tratan de abrirse paso en la actividad normal, regular y colectiva del partido. Con el método de la caza de fracciones, de las campañas escandalosas, de la vigilancia policial y la desconfianza respecto a los camaradas, un método que representa en realidad el peor fracción desarrollándose en los estratos superiores del partido, la situación de nuestro movimiento no ha hecho más que empeorar, empujando toda crítica objetiva a la vía de la fracción.

Con esos medios no se crea la unidad interior del partido, sino que se le paraliza y se vuelve impotente. Es indispensable transformar radicalmente los métodos de trabajo. Si no ponemos fin a todo esto, las consecuencias serán muy graves.

Tenemos un ejemplo en la crisis del partido francés. ¿Cómo se ha atajado el problema de las fracciones en el partido francés? Muy mal –por ejemplo en lo que respecta a la fracción sindicalista que va camino de nacer. Algunos de los camaradas excluidos del partido han vuelto con su primer amor, y publican un periódico en el que exponen sus ideas. Está claro que se equivocan. Pero las causas de esta importante desviación no hay que buscarlas en los caprichos de los chicos malos Rosmer y Monatte. Hay que buscarlos en los errores del partido francés y de toda la Internacional.

Tras nuestra entrada en liza en el terreno teórico contra los errores sindicalistas, logramos sustraer a amplias masas de obreros de la influencia de los elementos sindicalistas y anarquistas. Pero ahora estas concepciones vuelven por los viejos derroteros. ¿Por qué? Entre otras cosas porque el régimen interno del partido, el excesivo maquiavelismo, ha causado mala impresión a la clase obrera, y ha hecho posible el renacimiento de esas teorías así como el prejuicio que ve en el partido político algo disparatado y que sólo la lucha económica puede salvar a la clase obrera.

Estos errores de bulto amenazan con reaparecer en el proletariado porque la Internacional y los partidos comunistas no han sido capaces de demostrar, mediante los hechos y exposiciones teóricas simples, la diferencia esencial que existe entre la política en un sentido revolucionario y leninista y la de los viejos partidos social-demócratas cuya degeneración en la preguerra había dado lugar, como reacción, al sindicalismo.

Las viejas teorías de la acción económica opuestas a toda actividad política han registrado algunos avances en el proletariado francés porque se han tolerado toda una serie de errores en la línea política del partido comunista.

Semard: Afirmas que las fracciones se deben a los errores de la dirección del partido. La fracción de derecha se constituye en Francia justo cuando el centro reconoce sus errores y los corrige.

Bordiga: Camarada Semard, si quiere aparecer ante Dios con el único mérito de haber reconocido sus propios errores, no habrá hecho usted lo suficiente por salvar su alma.

Camaradas, creo que es necesario demostrar con nuestra estrategia y nuestra táctica proletarias el error que cometen estos elementos anarco-sindicalistas.

La clase obrera tiene la impresión de que el partido comunista tiene los mismos defectos que el resto de partidos políticos, y por eso la clase muestra cierta desconfianza hacia nuestro partido. Esta desconfianza se debe a los métodos y maniobras que imperan en nuestras filas. Da la impresión de que nos comportamos, no sólo respecto al mundo exterior, sino también en la vida política interna del partido, como si la buena "política" fuera un arte, una técnica, la misma para todos los partidos. Nos parecemos a Maquiavelo, con un manual de política en el bolsillo. Pero la tarea del partido de la clase obrera es introducir una nueva forma de hacer política, que no tiene nada que ver con los bajos e insidiosos métodos del parlamentarismo burgués. Si no somos capaces de demostrar esto al proletariado nunca llegaremos a ejercer una influencia sólida y eficaz, y los anarco-sindicalistas habrán ganado la partida.

En lo que concierne a la fracción de derecha en Francia, no dudo en afirmar que la considero como un fenómeno sano y no como una prueba de la penetración de elementos pequeño-burgueses en el partido. La teoría y la táctica que preconiza son falsas, pero por otra parte es una reacción muy útil contra los errores políticos y contra el nefasto régimen instaurado por la dirección del partido. Pero no sólo es el centro del partido francés el responsable de estos errores. Es la línea general de la Internacional la que ha originado la formación de fracciones. Desde luego, en la cuestión del Frente Único, me opongo completamente al punto de vista de la derecha francesa, pero creo que es justo decir que las decisiones del V Congreso no son claras ni plenamente satisfactorias. En algunos casos han autorizado el Frente Único por arriba, añadiendo que la social-democracia es el ala izquierda de la burguesía y que el objetivo es desenmascarar a sus dirigentes: esta es una posición insostenible. Los obreros franceses están cansados de esta especie de táctica de Frente Único tal y como se ha aplicado en Francia. Por supuesto, algunos de los dirigentes de la oposición francesa van por un mal camino, diametralmente opuesto a la verdadera vía revolucionaria, cuando se manifiestan por un Frente Único "leal" y por la coalición con la social-democracia.

Desde luego, si limitamos el problema de la derecha a la cuestión de si se tiene o no derecho a colaborar en un diario que no está bajo el control del partido, no puede haber más que una respuesta. Pero esto no sería más que una escapatoria. Hay que tratar de corregir los errores y de revisar cuidadosamente la línea política del partido francés, y también la de la Internacional. El problema no se resuelve aplicando las normas de un pequeño catecismo de comportamiento individual contra la oposición, los Lorient, etc.

Para corregir los errores no basta con que rueden cabezas, hay que hacer un esfuerzo y descubrir los errores originales que hacen posible y favorecen la formación de fracciones.

Nos dicen: la Internacional está precisamente para encontrar esos errores de nuestra máquina bolchevizadora; es la Internacional la que debe intervenir mayoritariamente si el centro de un partido

comete errores graves. Esta es la garantía contra los desvíos de las secciones nacionales. En la práctica, este sistema ha fallado. Tenemos un ejemplo en la intervención de la Internacional en Alemania. El centro del K.P.D. se había vuelto todopoderoso y hacía imposible toda oposición en el partido, y sin embargo se encontró a alguien por encima que, en un momento dado, sancionó todos los crímenes y errores cometidos por ese centro, el Ejecutivo de Moscú y su Carta Abierta. ¿Acaso es este un buen método? No, desde luego que no. ¿Qué consecuencias tiene semejante acción? Hay un ejemplo en Italia, en nuestra discusión para el congreso italiano. Un camarada excelente, ortodoxo, viaja al congreso alemán. Comprueba que todo va bien, que una mayoría aplastante se ha pronunciado a favor de las tesis de la Internacional, que el nuevo centro ha sido elegido en perfecto acuerdo, exceptuando una minoría desdeñable. El delegado italiano vuelve y hace un informe muy favorable sobre el partido alemán. Escribe un artículo en el que lo describe a los camaradas de la izquierda italiana como un modelo de partido bolchevique. Casi se hacen partidarios de la bolchevización algunos de nuestros camaradas de la oposición. Dos semanas más tarde llega la Carta Abierta del Ejecutivo... Se declara que la vida interna del partido alemán no es buena, que existe una dictadura, que toda la táctica es completamente errónea, que se han cometido errores graves, que hay fuertes desviaciones, que la ideología no es leninista. Olvidando que el V Congreso proclamó que la izquierda alemana era un centro completamente bolchevique, se le derriba sin piedad. Se emplea contra él el mismo método usado antes con la derecha. El eslogan del V Congreso era: "Es culpa de Brandler"; ahora se dice: "Es culpa de Ruth Fischer". Afirmando que de esta forma no se pueden conquistar las simpatías de las masas obreras. No se puede decir que un puñado de camaradas sean los culpables de los errores cometidos. Allí estaba la Internacional, que seguía de cerca el curso de los acontecimientos, y no podía ni debía ignorar ni las propias características de los dirigentes ni su actividad política. Se dirá ahora que defiendo a la izquierda alemana, de la misma forma que se dijo en el V Congreso que defendía a la derecha. Pero no me solidarizo políticamente ni con una ni con otra, pienso únicamente que la Internacional debe en ambos casos hacerse cargo de la responsabilidad de los errores cometidos, esa Internacional que era completamente solidaria con estos grupos, a los que había presentado como las mejores direcciones y en manos de las cuales había puesto el partido.

La intervención del Ejecutivo Ampliado de la Internacional Comunista contra las centrales de los partidos ha sido poco afortunada en diversas ocasiones. La cuestión es esta: ¿Cómo trabaja la Internacional, cuáles son sus relaciones con las secciones nacionales y cómo se eligen los órganos dirigentes?

En el último Congreso ya critiqué nuestros métodos de trabajo. Falta una verdadera colaboración colectiva en nuestros órganos dirigentes y en nuestros congresos. El órgano supremo parece un cuerpo ajeno a las secciones, que discute con ellas y elige, en cada una, una fracción a la que apoyar. En todas las cuestiones tratadas, las secciones apoyan a dicho centro, esperando así que este las trate bien cuando llegue su turno. A veces los que se someten a estos manejos no son más que grupos de dirigentes unidos por lazos puramente personales. Nos dicen: la dirección internacional proviene de la hegemonía del partido ruso, pues ha hecho la revolución, y es allí donde se encuentra la sede de la Internacional. Por eso es justo conceder una importancia fundamental a las decisiones inspiradas por el partido ruso. Pero existe un problema: ¿cómo resuelve las cuestiones internacionales el partido ruso? Tenemos todo el derecho de plantear esta cuestión.

Tras los últimos acontecimientos, después de la última discusión, el punto de apoyo de todo el sistema ya no es estable. En la última discusión del partido ruso hemos podido ver a camaradas que, reivindicando el mismo conocimiento del leninismo e indiscutiblemente con el mismo derecho a hablar en nombre de la tradición revolucionaria bolchevique, discutían entre sí empleando citas de Lenin unos contra

otros e interpretando la experiencia rusa cada uno a su manera. Sin entrar al fondo de la discusión, este es un hecho indiscutible del que quiero dejar constancia aquí.

¿Quién decidirá en última instancia sobre los problemas internacionales, en esta situación? Ya no se puede responder: la vieja guardia bolchevique, pues esto no resuelve nada en la práctica. Este primer punto de apoyo de nuestro sistema se sustrae a nuestro conocimiento objetivo. De ello se desprende que la solución debe ser completamente distinta. Podemos comparar nuestra organización internacional con una pirámide. Esta pirámide debe tener un vértice y unas caras que convergen hacia este vértice. Así podemos representar la unidad y la necesaria centralización. Pero hoy, debido a nuestra táctica, nuestra pirámide reposa peligrosamente sobre el vértice; por tanto, hay que darle la vuelta a la pirámide; lo que ahora está abajo debe pasar arriba, hay que apoyarla sobre su base para que recupere el equilibrio. La conclusión a la que llegamos sobre la bolchevización es, pues, que no hay que contentarse con modificaciones secundarias, sino que hay que transformar todo el sistema de arriba abajo.

Tras haber hecho el balance de la actividad pasada de la Internacional, quisiera pasar a analizar la situación actual y a las tareas futuras. Estamos todos de acuerdo en lo que se ha dicho en conjunto sobre la estabilización, así que no es necesario repetirlo. La descomposición del capitalismo ha entrado en una fase menos aguda. La coyuntura ha sufrido varias fluctuaciones, en el contexto de la crisis general del capitalismo.

Continúa ante nosotros la perspectiva del derrumbamiento final del capitalismo. Pero al plantear esta cuestión de la perspectiva, se hace a mi juicio una evaluación errónea. Hay varias maneras de acercarse a este problema de la perspectiva. Creo que el camarada Zinoviev nos ha recordado cosas muy útiles al mencionar la doble perspectiva del camarada Lenin.

Si fuéramos una sociedad de eruditos volcada al estudio de los acontecimientos sociales, podríamos sacar conclusiones más o menos optimistas, sin llegar a influir de manera directa sobre los acontecimientos. Pero esta perspectiva puramente científica no basta para un partido revolucionario, que toma partido en todos los acontecimientos, que es en sí uno más de sus factores y que no puede separar sus funciones de manera metafísica, poniendo a un lado el conocimiento preciso y al otro la voluntad y la acción. Por eso nuestro partido tiene que estar siempre directamente identificado con sus objetivos finales. Es necesario tener siempre ante nosotros la perspectiva revolucionaria, incluso cuando el juicio científico nos obliga a sacar conclusiones pesimistas. No se puede considerar como un error científico el hecho de que Marx esperara el estallido de la revolución en 1848, 1859 o 1870, y que Lenin, después de 1905, la profetizara para 1907, o sea, diez años antes de su triunfo. Esto es, incluso, una muestra de la aguda vista revolucionaria de estos grandes dirigentes. No se trata de una pueril exageración, que aguarda constantemente a que la revolución llame a la puerta, sino de la verdadera facultad revolucionaria, que permanece intacta a pesar de todas las dificultades del desarrollo histórico. La cuestión de la perspectiva es muy interesante para nuestros partidos, y tendríamos que examinarla a fondo. Considero inadmisibles afirmar: la coyuntura se ha modificado sensiblemente en un sentido desfavorable para nosotros, la situación no es la misma que en 1920, he aquí la explicación y la justificación de la crisis interna de las distintas secciones de la Internacional. Eso puede ayudarnos a explicar las causas de tal o cual error, pero no los justifica. Desde un punto de vista político, es insuficiente. No debemos resignarnos al defectuoso régimen interno de nuestros partidos, como si se tratara de una realidad inmutable, porque la coyuntura exterior sea desfavorable. Así formulada, la cuestión no está correctamente planteada. Está claro que aunque el partido es un factor de los acontecimientos, al mismo tiempo es también su producto. Incluso tratándose de un verdadero partido

revolucionario. ¿En qué sentido los acontecimientos influyen en el partido? En el sentido de que crece el número de nuestros partidarios y se incrementa nuestra influencia sobre las masas cuando la crisis del capitalismo nos proporciona una situación favorable. Si en un momento dado la coyuntura se vuelve desfavorable, es posible que nuestras fuerzas se debiliten cuantitativamente, pero nuestra ideología no debe notarlo, y no ya sólo nuestra tradición y nuestra organización, sino también nuestra línea política debe permanecer intacta. Si pensamos que la preparación de los partidos para su tarea revolucionaria debe apoyarse en una situación de crisis progresiva del capitalismo, nuestra perspectiva se levanta sobre esquemas completamente falsos, pues entonces necesitaríamos un largo y progresivo periodo de crisis para consolidar nuestro partido: pero llegados a este punto, la situación económica tendría que mantenerse revolucionaria durante un tiempo más para poder pasar a la acción. Si la crisis se acentúa tras un periodo de coyuntura incierta, seremos incapaces de explotarla. Y nuestros partidos, debido a nuestra manera errónea de ver las cosas, se verán inevitablemente sumergidos en el desconcierto y la impotencia.

Eso demuestra que no hemos aprendido la lección de nuestra experiencia con el oportunismo en la II Internacional. No se puede negar que antes de la guerra mundial hubo un periodo de prosperidad capitalista en el que la coyuntura del capitalismo era buena. Esto explica, en cierto sentido, la descomposición oportunista de la II Internacional, pero no justifica el oportunismo. Nosotros hemos combatido esta idea y nos negamos a pensar que el oportunismo sea algo necesario e históricamente determinado por los acontecimientos. Lo que hemos defendido es que el movimiento debe oponerle resistencia, y de hecho la izquierda marxista combatió contra el oportunismo antes de 1914, exigiendo partidos proletarios sanos y revolucionarios.

Hay que plantear la cuestión de otra manera. Incluso si la coyuntura y las perspectivas son desfavorables o relativamente desfavorables, no hay que transigir y resignarse a las desviaciones oportunistas, justificándolas con el pretexto de que las causas se hallan en la situación objetiva. Y si a pesar de ello sobreviene una crisis interna, sus causas y la forma de remediarla hay que buscarlas en otra parte, es decir, en el trabajo y en la línea política del partido, que no son como deberían ser. Esto concierne igualmente a la cuestión de los dirigentes que el camarada Trotsky plantea en el prefacio de su libro "1917"; en él analiza las causas de nuestras derrotas y propone una solución con la que me solidarizo completamente. Trotsky no considera a los dirigentes como hombres caídos del cielo. No, él plantea la cuestión de otra forma. Los dirigentes también son producto de la actividad del partido, de los métodos de trabajo del partido y de la confianza que el partido ha sabido ganarse. Si el partido, a pesar de una situación cambiante y desfavorable a veces, sigue una línea revolucionaria y combate las desviaciones oportunistas, la selección de los dirigentes, la constitución del estado-mayor, se realiza de manera favorable, y si bien en el periodo de los combates finales no siempre tendremos un Lenin, al menos tendremos una dirección sólida y valiente. Cosa que hoy, dado el estado actual de nuestra organización, no podemos esperar.

Aún existe otro planteamiento que hay que combatir y al que debemos enfrentarnos cuando pasamos del análisis puramente económico al análisis de las fuerzas sociales y políticas. Se considera generalmente como una situación políticamente favorable para nuestro combate la que se abre con los gobiernos de la izquierda pequeño-burguesa. Este esquema falso entra, antes de nada, en contradicción con el primero, pues lo que sucede más a menudo es que en una época de crisis económica la burguesía se decante por un gobierno formado por partidos de derecha, para poder emprender una ofensiva

reaccionaria, es decir, las condiciones objetivas se vuelven desfavorables para nosotros. Para llegar a una solución marxista del problema hay que renunciar a estos lugares comunes.

En general, no es cierto que un gobierno de izquierda burguesa nos venga mejor; puede ocurrir lo contrario. Los ejemplos históricos demuestran lo locos que estaríamos si creyéramos que un gobierno salido de lo que se conoce como clases medias, para facilitarnos la labor, iba a dotarse de un programa liberal que nos permitiera organizar la lucha contra el aparato estatal así debilitado.

Aquí también se ve la influencia de una interpretación errónea de la experiencia rusa. En la revolución de 1917 cayó el primer aparato estatal, y se formó un gobierno apoyado por la burguesía liberal y la pequeña burguesía. Pero no se levantó ningún aparato estatal sólido que reemplazara a la autocracia zarista por el dominio económico del capital y una representación parlamentaria moderna. Antes de que tal aparato pudiera organizarse, el proletariado, guiado por el partido comunista, atacó con éxito al gobierno. Se podría pensar entonces que debe suceder lo mismo en el resto de países, que un buen día el gobierno pasará de manos de los partidos burgueses a manos de los partidos de centro, debilitándose el aparato estatal, de tal forma que el proletariado no tendrá dificultad en abatirlo. Pero esta perspectiva simple es completamente falsa. ¿Cuál es la situación en los otros países? ¿Se puede comparar un cambio de gobierno en el que un gobierno de derechas es sustituido por uno de izquierdas, como por ejemplo el Bloque de Izquierda ha reemplazado al Bloque Nacional en Francia, con una transformación histórica de los fundamentos del Estado? Es posible que el proletariado saque provecho de este periodo para consolidar sus posiciones. Pero no se trata más que del simple paso de un gobierno de derecha a uno de izquierda, y no podemos entenderlo como una descomposición del aparato estatal, favorable al comunismo.

¿Acaso tenemos ejemplos históricos concretos de gobiernos de izquierda que hayan supuesto una evolución, facilitando el camino de la revolución proletaria? No, no tenemos ninguno.

En 1919, en Alemania, la izquierda burguesa estuvo en el gobierno. Incluso hubo periodos en los que la social-democracia estaba a la cabeza del gobierno. A pesar de la derrota militar de Alemania, a pesar de una grave crisis, el aparato estatal no sufrió ninguna transformación fundamental tendente a facilitar la victoria del proletariado, y no sólo la revolución comunista se derrumbó, sino que los social-demócratas fueron sus verdugos.

Si con nuestra táctica hemos contribuido a colocar a la izquierda al mando del gobierno, ¿será más favorable la situación para nosotros? No, de ningún modo. Pensar que las clases medias pueden levantar un aparato estatal distinto al de la burguesía y que se puede considerar este periodo como un periodo de transición para la conquista del poder por parte del proletariado, es una concepción menchevique.

Algunos partidos de la burguesía tienen un programa y lanzan reivindicaciones, con el fin de ganarse a las clases medias. Esto no es el traspaso de poder de un grupo social a otro, sino un nuevo método de combate que nos presenta la burguesía, y si tal cambio se produce no podemos decir que sea el momento más favorable para nuestra intervención. Esta evolución puede explotarse, pero a condición de que anteriormente nuestra actitud haya sido perfectamente clara y no hayamos visto la llegada del gobierno de izquierda con buenos ojos.

¿Se puede considerar el fascismo en Italia como la victoria de la derecha burguesa contra la izquierda burguesa? No, el fascismo es algo más; es la síntesis de dos métodos de defensa de la clase burguesa. Las últimas medidas del gobierno fascista han demostrado que la composición social del fascismo,

pequeña burguesía y mediana burguesía, no hacen de él un agente menos directo del capitalismo. Como organización de masas (la organización fascista cuenta con un millón de miembros), se esfuerza en movilizar a amplias masas con ayuda de métodos social-demócratas, mientras al mismo tiempo lanza la reacción más brutal sobre todo adversario que osa atacar el aparato estatal.

El fascismo ha sufrido algunas derrotas en este terreno. Esto refuerza nuestro punto de vista sobre la lucha de clases. Pero lo que destaca de manera más evidente es la impotencia absoluta de las clases medias. Han pasado por tres fases en los últimos años: en 1919-1922 conforman los cuadros de las camisas negras; en 1923, tras el asesinato de Matteotti, se pasan a la oposición; hoy las tenemos de nuevo al lado del fascismo. Siempre están al lado del más fuerte.

Hay que señalar otro hecho. En el programa de casi todos los partidos y gobiernos de izquierda se encuentra el principio según el cual hay que otorgar a todo el mundo el conjunto de "garantías" liberales, excepto a los partidos cuyo fin es destruir las instituciones estatales, es decir, a los partidos comunistas.

Al error de perspectiva que no ve en los gobiernos de izquierda más que ventajas para nosotros, corresponde la hipótesis de que las clases medias son capaces de hallar una solución independiente al problema del poder. La pretendida nueva táctica empleada por los partidos alemán y francés, y en función de la cual el partido comunista italiano ha hecho a la oposición antifascista del Aventino la propuesta de formar un anti-parlamento, se basa a mi juicio en un grave error. No puedo entender que un partido tan rico en tradición revolucionaria como nuestro partido alemán tome en serio a los social-demócratas cuando le reprochan hacerle el juego a Hindenburg al presentar sus propios candidatos. El plan de la burguesía, a la espera de una movilización contra-revolucionaria de las masas, consiste en general en proponer un dualismo político e histórico en lugar de la oposición de clases entre burguesía y proletariado, mientras que el partido comunista se mantiene en ese dualismo de clases, no por ser el único dualismo posible en la perspectiva social y en el terreno de las fluctuaciones del poder parlamentario, sino más bien porque es el único dualismo históricamente capaz de llevar al derrocamiento revolucionario del aparato estatal de clase y a la formación del nuevo Estado. No es mediante declaraciones ideológicas y propaganda abstracta, sino con el lenguaje de nuestros actos y con la claridad de nuestra posición política como podremos introducir la conciencia de ese dualismo en las más amplias masas. Cuando en Italia se propuso a los antifascistas burgueses constituirse en anti-parlamento con la participación de los comunistas, aunque en nuestra prensa se dijera que no teníamos ninguna confianza en esos partidos, aunque se intentara de esta manera desenmascararles, en la práctica se invitaba a las masas a que confiaran en que los partidos del Aventino podían derrocar al fascismo, y a considerar que el combate revolucionario y la formación de un anti-Estado son posibles no ya sobre una base de clase, sino sobre la base de la colaboración con elementos pequeño-burgueses e incluso con grupos capitalistas. Esta maniobra no ha conseguido reunir a amplias masas en un frente de clase. No sólo es que esta táctica tan novedosa no se ajuste a las decisiones del V Congreso, sino que toda ella, a mi juicio, está en contradicción con los principios y el programa del comunismo.

¿Cuáles son nuestras tareas futuras? Esta asamblea no podrá ocuparse seriamente de este problema si no plantea en toda su extensión y gravedad la cuestión fundamental de las relaciones históricas entre la Rusia soviética y el mundo capitalista. Junto al problema de la estrategia revolucionaria del proletariado y del movimiento internacional de los campesinos y de los pueblos coloniales y oprimidos, la cuestión de la política estatal del partido comunista en Rusia es hoy para nosotros la más importante. Se trata de resolver felizmente el problema de las relaciones de clase en el interior de Rusia, se trata de aplicar las medidas necesarias frente a la influencia de los campesinos y de las capas pequeño-burguesas que van camino de

formarse, se trata de luchar contra la presión exterior, que hoy es puramente económica y diplomática y mañana puede ser militar. Puesto que aún no se ha producido una conmoción revolucionaria en los otros países, es necesario enlazar lo más estrechamente posible toda la política rusa con la política revolucionaria general del proletariado. No pretendo profundizar en esta cuestión, pero afirmo que en esta lucha debe apoyarse en primer lugar, desde luego, en la clase obrera rusa y su partido comunista, pero también es fundamental que se apoye en el proletariado de los Estados capitalistas. El problema de la política rusa no puede resolverse únicamente en los estrechos límites del movimiento ruso, es necesaria la colaboración directa de toda la Internacional Comunista.

Sin una verdadera colaboración de este tipo, no sólo la estrategia revolucionaria en Rusia, sino también toda nuestra política en los Estados capitalistas se verá gravemente amenazada. Podrían aparecer tendencias que pretendan reducir el papel de los partidos comunistas. Ya estamos sufriendo ataques en ese terreno, por supuesto no desde nuestras propias filas, sino por los social-demócratas y oportunistas. Esto tiene que ver con nuestras maniobras de cara a la unidad sindical internacional y con nuestro comportamiento frente a la II Internacional. Todos pensamos aquí que los partidos comunistas deben mantener incondicionalmente su independencia revolucionaria; pero es necesario ponerse en guardia contra la posibilidad de que surja una tendencia que pretenda reemplazar a los partidos comunistas por organismos de carácter menos claro y explícito, que no se condujeran exclusivamente sobre el terreno de la lucha de clases, debilitándonos y neutralizándonos políticamente. En la situación actual, la defensa del carácter internacional y comunista de nuestra organización de partido contra toda tendencia liquidacionista es una tarea común indiscutible.

Tras la crítica que hemos hecho a la línea general de la Internacional, ¿podemos considerar que está lo suficientemente preparada, dada su situación actual, para esta doble tarea estratégica en Rusia y en el resto de países? ¿Podemos exigir que esta asamblea discuta inmediatamente todos los problemas rusos? A esta pregunta debemos responder, desgraciadamente, que no.

Es absolutamente necesario revisar seriamente nuestro régimen interno; también es necesario que nuestros partidos se pongan al día sobre los problemas de táctica en todo el mundo y los problemas de la política del Estado ruso; pero esto sólo puede hacerse cambiando el rumbo, con métodos completamente diferentes.

En el informe y las tesis propuestas nosotros no encontramos ninguna garantía suficiente a este respecto. No es optimismo oficial lo que necesitamos; debemos comprender que con métodos tan mezquinos como los que hemos visto emplear aquí a menudo no podemos prepararnos para asumir las importantes tareas que se presentan al estado-mayor de la revolución mundial.

Segundo discurso, 25/02/1926

Camaradas,

En mi discurso me ocupé de cuestiones generales de la política de la Internacional. Y no sólo varios oradores han rebatido mis afirmaciones de orden general, sino que se ha hablado un poco de los problemas italianos, que prácticamente había dejado de lado. Me veo obligado a responder brevemente a lo que se ha dicho.

Siempre se habla de “el sistema de Bordiga, la teoría de Bordiga, la metafísica de Bordiga” como si yo estuviera aquí solo defendiendo mis ideas y mis críticas. Se quiere presentar mi actitud como un fenómeno completamente personal. Ahora bien, aunque la derrota oficial de la izquierda italiana ha sido reciente, tengo que declarar una vez más que he venido a este congreso, no para entretener con mis elucubraciones individuales, sino para presentar el pensamiento de un grupo del partido comunista en Italia.

Bujarin ha examinado mi discurso de forma amistosa y cordial. Pero aunque no es necesario decir que Bujarin es un buen polemista, permitidme decir que presenta los problemas a su manera, haciendo caso a las leyendas sobre las teorías de Bordiga.

Me atribuye fórmulas, se lanza a combatirlas y las hace añicos. En su discurso dice que el régimen interno de la I. C. va a cambiar. Sin embargo, viendo los métodos polémicos que adopta, permítannos ser pesimistas ante esta perspectiva de saneamiento del régimen interno.

Bujarin simplifica las ideas. Tiene gran mérito saber simplificar las posiciones y presentarlas en pocas palabras, pero lo difícil es simplificarlas, no para hacer agitación burlesca, sino para trabajar seriamente en su elaboración común.

Simplificar sin agitación demagógica, he aquí el gran problema revolucionario. Estos simplificadores escasean.

Para demostrar las contradicciones de Bordiga, Bujarin trae un argumento como este: yo he dicho que la revolución no es un problema de formas de organización; pero luego he presentado el problema de la bolchevización desde el punto de vista únicamente organizativo: el vuelco de la famosa pirámide. Todo esto no es cierto. Al hablar de la bolchevización, la he criticado desde el punto de vista teórico y táctico, es decir, que considero la bolchevización no únicamente como trabajo organizativo, sino como un problema político de acción y de táctica de la Internacional. Además, debéis reconocer que toda nuestra oposición se ha dirigido a cuestiones de táctica, y que desde hace mucho tiempo proponemos soluciones diferentes a estos problemas. Es perfectamente evidente que un simple cambio organizativo no resuelve el problema. Por eso, para comprobar si verdaderamente llevamos una sana dirección revolucionaria, nosotros nos fijamos en la acción táctica.

Otro argumento de Bujarin: Bordiga está en contra de trasplantar mecánicamente la experiencia rusa a otros países, pero eso es precisamente lo que él hace cuando habla de la situación en otros países sin mencionar el carácter específico del movimiento occidental, es decir, la existencia de grandes partidos y sindicatos social-demócratas. Ahora bien, ese proceder no es mío. Yo digo: en general, toda la experiencia rusa es útil, debemos tenerla presente, pero necesitamos también otras cosas, es decir, que no renuncio a aplicar la experiencia rusa, pero afirmo que todas las soluciones no se encuentran en la experiencia del partido ruso. ¿Cuál es el carácter específico de la tragedia revolucionaria en Occidente? ¡Bujarin dice que en

mi discurso no mencioné la presencia de grandes partidos social-demócratas! Ahora bien, esta es precisamente la diferencia que señalé. Tras mostrar la diferencia entre el aparato estatal en la Revolución rusa y occidental, dije que, en los países occidentales, existe desde hace mucho un aparato estatal burgués-democrático, muy estable, aparato que no existía en la historia del movimiento ruso, por lo que el problema surge de la posibilidad que tiene la burguesía de movilizar al proletariado en un sentido oportunista. ¿Y qué es esto sino el problema de los sindicatos y los partidos social-demócratas?

Mí análisis llega justamente a este punto. Bujarin no puede decir, entonces, que me contradigo a mí mismo.

Algunas palabras sobre los asuntos italianos. El camarada Ercoli ha intentado hacer frente a mi crítica de la táctica del partido respecto a la oposición con el argumento de que no he tenido en cuenta la situación, mientras que el centro se habría basado en un análisis completo y exacto. Ahora bien, no quiero repetirme, pero diré que, no sólo la táctica, sino también el análisis de la situación eran erróneos. ¡Allí está el informe del camarada Gramsci al centro en septiembre de 1924 para demostrar que en otoño se confiaba en el triunfo del Aventino y la sustitución parlamentaria de Mussolini! En efecto, se consideró la posibilidad de formar un gobierno antifascista basado en las clases medias: el error oportunista afecta pues a la evaluación de las fuerzas y a la línea política.

Ya no puede sostenerse que la táctica de las propuestas al Aventino haya sido confirmada por su éxito. Nosotros mantenemos que el colosal fracaso de la oposición aventina no ha venido acompañado de un acercamiento por parte de las clases laboriosas hacia el partido comunista precisamente a causa de la falta de claridad de su política y de su actitud.

Debo desmentir la afirmación de que la derrota de la izquierda ha sido completa allí donde el partido progresa, o en las federaciones, que trabajan mejor. Se ha querido oponer Milán y Turín a Nápoles: pero estos son los tres centros que, de manera regular, han dado más fuerza a la izquierda.

No voy a entrar en detalles, aunque no haya aquí una comisión italiana. Me limito a declarar que en el Congreso de nuestro partido presentamos una declaración que cuestionaba su validez, recurriendo a la Internacional.

La preparación del Congreso italiano ocupa un lugar especialmente escandaloso dentro del famoso régimen interno de opresión mecánica en nuestros partidos. Una campaña deplorable ha levantado acusaciones de fraccionismo y escisionismo. Los métodos de consulta posteriores han sido tales que, sólo por citar un caso, mi voto como miembro de la organización de base ha ido a parar... a las tesis del centro. Eso lo dice todo.

Pero nosotros nos preocupamos muy poco de todas estas historias. La pretendida derrota interna no debilita nuestra actitud. Hemos sufrido de todo por mantener la unidad del partido, y frente a nuestra forzada inclusión en el centro, hemos cedido, pero con una declaración política que refuerza más nuestra línea de oposición.

Sostengo, y esto ha sido parcialmente reconocido aquí, que esta línea de oposición, dirigida al contenido mismo de las cuestiones y que va más allá de las pequeñas rencillas por conquistar el poder y los cargos en el partido, mostrando así una absoluta fidelidad a la Internacional, es, muy al contrario, leal y útil para desarrollo del movimiento comunista mundial.

Camaradas, respecto al régimen interior y el vuelco del a pirámide, no quiero responder aquí a lo que ha objetado Bujarin sobre la cuestión de las fracciones. Pero me pregunto: ¿Veremos en un futuro modificaciones en la Internacional, en nuestras relaciones internas? ¿Acaso esta sesión plenaria da muestras de que se vaya a tomar una nueva ruta? A este respecto, las declaraciones de los delegados franceses e italianos nos dejan más bien incrédulos, aunque las tesis hablen de implantar ese régimen democrático dentro del partido. Esperamos que os pongáis a ello.

Creo que esta cacería de fracciones continuará dando los mismos resultados que ha dado hasta ahora. Podemos comprobarlo en el partido alemán. Debo decir que este método de humillación es deplorable, incluso cuando se aplica contra ciertos elementos políticos a los que he combatido duramente. No creo que este sistema humillante sea revolucionario, tanto más cuando los ejemplos recientes demuestran que se ha empleado contra elementos que no sólo es que tuvieron un gran pasado, sino que además eran preciosos para el futuro de la Revolución. Creo que la mayor parte de los que dan muestras de esta ortodoxia probablemente son viejos opositores anteriormente humillados. Esta manía de devorarnos a nosotros mismos debe terminar, si verdaderamente queremos proponer nuestra candidatura a la dirección de la lucha revolucionaria del proletariado.

El espectáculo ofrecido por esta sesión plenaria me da razones para ser pesimista en lo que concierne a los cambios que supuestamente se harán en la Internacional. Votaré, pues, contra el proyecto de resolución que se ha presentado.